

»Bédée, que en 7 de abril de 1726 había nacido en la municipalidad de Bourseuil, de Angel, María de Bédée, ya difunto, y de Benigna, Juana, María de Ravenel, viuda de Renato, Augusto de Chateaubriand, había muerto á la una de la tarde de aquel día en casa de la ciudadana Guyon, vecina de esta municipalidad. Con arreglo á esta declaración, de cuya verdad me he cerciorado, he redactado el presente acto que Juan Barlé firma juntamente conmigo, como representante de José Boulin que ha declarado no saber hacerlo.

»Dado en las casas municipales en el día y año de la fecha. Firmado Juan Barlé y Bourdasse.

»Cérfifico hallarse conforme con el original. Saint-Servand, 31 de octubre de 1812. (Por el alcalde) Fresvaux Reselaye, adjunto.

»Visto por lo tocante á la identidad de la firma del señor Fresvaux Reselaye, adjunto, por nos, juez del tribunal civil, residente en Saint-Maló en treinta y uno de octubre de mil ochocientos doce. Firmado (por ausencia del presidente), Robion (a).»

La fecha de la defunción de la señora de Chateaubriand es del 12 Prairial año VI de la república, esto es, de 31 de mayo de 1798. La publicación del *Ensayo* se verificó á principios de 1797, y debió haberse realizado antes, como puede verse por el prospecto que la anunciaba para últimos del 1796 (b). ¡Qué amarga crítica la que le pone á uno en necesidad de entrar en semejantes detalles, y obliga á un hijo á reproducir la partida de defunción de su madre!

Desconcertados por la evidencia de los hechos acudieron al vil expediente de trincar los pasajes para alterar el sentido de la obra. Con folletos de cuarenta páginas pretendían dar á conocer un libro de mas de setecientas, en octavo grande. ¿Fragmentos sin ningún enlace con el resto de la obra cómo habían de poder dar una idea exacta de ella? Traslataban algunas frases atrevidas por lo tocante al culto; pero no decían que en un capítulo dedicado á los que padecen, se encontraba este elogio del Evangelio: «Un libro verdaderamente útil al desgraciado porque en él encontrará piedad, tolerancia, dulce indulgencia, y la esperanza aun mucho mas dulce que confecta el bálsamo único para las heridas del alma: ese libro es el Evangelio. Su divino autor no se limitó á ofrecer vanamente consuelos á los desgraciados: hizo mucho mas, pues bendijo sus lágrimas y apuró con ellos el cáliz hasta las heces.»

Me parece que quien habla de este modo no da muchas pruebas de incredulidad.

Citaremos ademas otro pasaje de ese libro que tanto escandalizaba á esos cristianos de circunstancias, que acaso en su interior no creen en Dios; de esos hipócritas que sacian sus venganzas, acumulan oro y suben á los altos puestos valiéndose de la caridad, de la pobreza y de la humildad religiosa. «Si la moral mas pura y el corazón mas sensible; si toda una vida pasada en combatir errores, y hacer bien á los hombres son los atributos de la divinidad ¿quién podrá negar la de Jesucristo? Modelo de todas las virtudes, la amistad lo vió adormecido en el regazo de Juan ó encomendando á su madre á ese discípulo querido; la tolerancia lo admira enternecido en la sentencia de la mujer adúltera; en todas partes lo encuentra la piedad bendiciendo el llanto del desgraciado; en su

(a) Sírvase el lector tener presente mi exactitud. En el prólogo del *Genio del Cristianismo* en 1802, dije que mi madre despues de haber sido arrojada en calabozos, y visto perecer algunos de sus hijos, había perecido sobre el desnudo tablado de la cárcel á donde su mala estrella la había conducido. Véase la pues morir en una aldea aislada entre dos jornaleros, de los cuales el uno ni escribir sabía.

(b) Véase el Prospecto al fin de este prefacio.

amor á los niños se descubre la cándida inocencia de su alma; la fuerza de su espíritu resplandece en medio de los tormentos de la cruz, y el último suspiro dado entre las agonías de la muerte es un suspiro de misericordia.»

¡Es esto lo que yo decía cuando no era cristiano! ¡Cosa bien extraña deberá ser, pues, esa obra titulada *Ensayo*! No estará tampoco demás el hacer notar que habiendo trasladado ese retrato de Jesucristo al *Genio del Cristianismo* juntamente con algunos otros pasajes del *Ensayo* en nada disuenan del tono de aquella obra.

Si echaban de ver mis adversarios en el *Ensayo* alguna frase de sentido oscuro por la que creían que se ponía en duda la existencia de Dios; al instante se apoderaban de ella; mas á pesar de eso no tenían mas remedio que encabezar el capítulo sobre la *Historia del politeísmo* del modo siguiente: «Hay un Dios: las yerbas del valle y los cedros del Libano lo bendicen, etc. Solo el hombre es quien ha dicho: no hay Dios. No habrá, pues, levantado nunca en sus desgracias los ojos al cielo, etc.»

Por otra parte, despues de haber dado yo noticias en el *Ensayo* de las objeciones que en todos tiempos se han hecho contra el cristianismo (c), y cuando acaso no faltará quien creyera que iba á sacar de ella una consecuencia semejante á la que acostumbran sacar los titulados *espíritus fuertes*, concluyo diciendo estas terminantes palabras: «Yo como muy poco versado en esa clase de materias, no podré hacer mas que repetir á los incrédulos, valiéndome de la simple luz de mi debil razon lo que les he dicho ya en otras ocasiones. Vosotros destruis la religion de vuestro país, vosotros sumergis el pueblo en la impiedad, y vosotros, sin embargo, no proponeis ningún otro medio capaz de conservar y proteger la moralidad. Renunciad á esa cruel filosofía: no arrebateis al desgraciado su última esperanza. ¿Qué importa que sea una ilusión, si con ella puede aliviarse en parte del peso de su existencia; si esa ilusión vela durante las largas noches del dolor junto la solitaria cabecera de su lecho y enjuga sus lágrimas; si por último le tributa el mas tierno servicio de la amistad cerrándole los párpados cuando solo y abandonado queda el infeliz sobre el miserable lecho en brazos de la muerte?»

Suprimid ese párrafo, publicad el capítulo sin esa conclusion y tendré que pasar por un verdadero filósofo. Si por el contrario se fija la atención en esos últimos renglones no podrá menos de verse en ellas al futuro autor del *Genio del Cristianismo*, al espíritu vacilante que solo espera una leccion para volver á entrar en la senda de la verdad. Al leer con atención el *Ensayo* se descubre que la naturaleza religiosa constituye el fondo, y la incredulidad solo domina en la superficie.

Por lo demás la obra es un verdadero caos: cada palabra está en contradicción con la que viene en pos de ella. Podrían hacerse dos análisis diferentes de la obra: por el uno sería posible probar que soy un escéptico decidido, un discípulo de Zenon y de Epicuro, y por el otro se me podría dar á conocer como un cristiano hipócrita, un espíritu supersticioso, y enemigo de la razon y de las luces. En esos sueños de un joven sin experiencia campea á pesar de todo una profunda veneracion hácia Jesucristo y al Evangelio, y al lado de las alabanzas dadas á los obispos y al clero parroquial figuran declamaciones contra la Corte de Roma y contra los frailes: encuéntranse pasajes que al parecer favorecen todas las extravagancias del espíritu hu-

(c) Sin embargo, al acumular esas objeciones no me olvidé de decir que habían sido victoriosamente refutadas por los hombres de mas talento, y que no soy yo quien las hace.

mano, el suicidio, el materialismo y la anarquía, y á renglon seguido se leen capítulos enteros sobre la existencia de Dios, la belleza del orden y la excelencia de los principios monárquicos. Es el combate de Oromanes y Arimanes: las lágrimas de una madre y la autoridad de la razon cada vez mas preponderante deciden la victoria en favor del genio del bien.

La posición de los que me atacaban en tiempo del Imperio era sumamente falsa. ¿De qué me acusaban? De los principios que ellos mismos profesaban. No comprendían que cuando intentaban calumniarme hacían mi elogio. Si el *Ensayo* hubiera en realidad contenido las ideas de que me acusaban ¿qué es lo que con ellas habían podido probar? Que yo en medio de todas las situaciones de la vida había sabido mantenerme en una honrosa independencia; que viéndome desterrado y proscrito había predicado la monarquía moderada á los nobles desterrados y la tolerancia á los sacerdotes perseguidos, que á todos había dicho la verdad, y que tomando parte en las desgracias de mis compañeros de infortunio, sin participar enteramente de sus opiniones, no había carecido del valor bastante raro por cierto, de decirles que en cierto modo habíamos dado pretexto á vuestras calamidades.

Esos principios, puestos en contradicción con el partido político que yo había abrazado, demostraban, que yo era mas bien un mártir de honor, que el fanático de una causa, cuyo flanco débil me era bien conocido, y que me había batido como Falkland en los campamentos de Carlos I sin haber podido ser tan afortunado como aquel.

Demostrábase tambien con estos principios que aquellos desterrados que algunos presentaban como unos viles esclavos, adictos á la tiranía únicamente por amor á sus privilegios, eran sin embargo hombres que conocían lo bueno que podía haber en todas las opiniones; que no desechaban ninguna idea generosa; que no reprobaban en la libertad sino la anarquía; que confesaban lealmente sus propios errores, al paso que sabían soportar sus infortunios; que á pesar de conocer los abusos del antiguo gobierno, no por eso dejaban de servir al soberano con peligro de su propia existencia, y finalmente que participaban de las luces de su siglo sin faltar á sus deberes de vasallos.

¿No podría haber yo contestado tambien á mis adversarios en tiempo del Imperio con el siguiente dilema? ¿Los principios filosóficos que criticáis en el *Ensayo* están, ó no están en dicha obra? Si no están sostenéis una cosa falsa; si están, no hice mas que ser un discípulo vuestro, pues esos principios son los que vosotros profesáis. Mis errores os pertenecen; libre soy de volver á la senda de la verdad.

Tambien se han supuesto motivos de interés en mis opiniones. En ese caso, enorme había sido mi falta de tacto, pues iba constantemente predicando doctrinas contrarias á las que abrian la puerta al favor en los países que yo habitaba.

En el extranjero nada sacaba de la emigración á que me había condenado en obsequio de la monarquía mas que todos los géneros de miseria propios de semejante situación que acababa de empeorarse por mi tenacidad en hablar de las faltas que habían contribuido á derribar el trono, y en ponderar las libertades públicas.

Cuando regresé á mi patria encontré los templos derribados, y el poder y los honores en manos de la filosofía: en el acto me puse de parte del débil y enarbolé el estandarte de la religion. Grosera en extremo debía ser mi ignorancia si obraba de ese modo para mejorar mis intereses. ¿Qué mayor insensatez podría darse que esperar favor de unos hombres con quienes me estaba poniendo en contradicción en dos diversas situaciones?

Ya había anunciado en lo que yo sin saber por qué lo

llamaba *Noticia* en vez de *Prólogo del Ensayo*, la especie de persecucion que me suscitaria la obra.

«Estoy convencido, dije en aquella *Noticia* que este libro me atraerá muchos enemigos. Si lo hubiese creído pernicioso, no lo habría publicado; mas como en mi concepto es útil, nada me arredra para obrar de otro modo. Desentendiéndome de todos los partidos, no he tratado mas que de investigar la verdad. ¿Lo habré conseguido? No tengo el orgullo de creerlo. Todo lo que he podido hacer es caminar á tientas, desconfiar constantemente de mí mismo, y no haber anunciado nunca una opinion sin descender á mi propio seno para descubrir el sentimiento que la había dictado. He tratado de oponer filosofía á filosofía, razon á razon y principio á principio ó hablando con mas propiedad, nada de eso he hecho, y me he limitado únicamente á manifestar las dudas de un hombre honrado.»

Treinta años hace que un hombre honrado hizo esa profecía.

Otros censores del *Ensayo* me creyeron enteramente desprendido de pretension de intereses materiales; pero me acusaron de ambicion de figurar.

Si para inmortalizar mi nombre hubiera yo abrazado la causa del crimen y defendido á los perversos, no podría menos de confesar que me habría dejado dominar de un criminal deseo. Mas si por el contrario he combatido siempre en favor de los sentimientos generosos donde quiera que los he visto, si he hablado con entusiasmo de cuanto me ha parecido bello é interesante, la religion, la virtud, el honor, la libertad y el infortunio, preciso será convenir en que mi supuesta ambicion de celebridad se funda en un principio bastante excusable; será tal vez digno de compasion; pero nadie me podrá condenar. Por otra parte, ¿No soy francés? Aun cuando haya preponderado algo en mi pecho el amor á la gloria, no podré decir á mis compatriotas. «¿Quién de vosotros me tirará la primera piedra?»

Esto supuesto, el *Ensayo* parecerá mucho menos criticable en materias de religion que lo que mis adversarios han querido suponer, y por lo tocante á política quedará enteramente en mi favor. Lejos de predicar el republicanismo, como algunos ofiosos censores han aparentado creer, he procurado por el contrario demostrar, que en el estado actual del mundo la república es una cosa imposible. Desgraciadamente no tengo ya la misma convicción. En el *Ensayo* he discurrido constantemente con arreglo al sistema de la libertad republicana de los antiguos, aquella libertad, que era hija de las costumbres; no había fijado suficientemente mi atención en otra especie de libertad, producida por las luces y por la civilización perfeccionada: el sistema de la república representativa ha cambiado enteramente de aspecto la cuestion. Entre los antiguos, el espíritu humano era joven, aunque las naciones se habían envejecido ya, la sociedad se hallaba en la infancia, aunque el hombre estaba encorvado bajo el peso del tiempo. Por no haber establecido bien esta distincion, se ha comparado sin ninguna razon los antiguos pueblos con los modernos, se han confundido dos sociedades esencialmente distintas, y se ha raciocinado en un orden de cosas enteramente nuevo con arreglo á verdades históricas que carecen ya de aplicacion. La monarquía representativa es mil veces preferible á la república representativa; tiene todas sus ventajas sin participar de ninguno de sus inconvenientes; mas si se incurre en la insensatez de creer que puede derribarse esa monarquía para volver al absolutismo, no habrá mas remedio que caer en la república representativa, cualquiera que sea el estado actual de las costumbres. Lejos se hallan estas de ser tan corrompidas como al principio de la república: apenas se conocen en la actualidad los escándalos domésticos: toda la nacion ha adquiri-

do cierta gravedad y hasta la misma juventud presenta algo de austero.

Háblase con bastante imparcialidad en el *Ensayo* de los personajes históricos; mas sin embargo hay algunos hombres á quienes he tratado con excesivo rigor. A estos suplico perdonen tales opiniones que como hijas de la desgracia y la inexperiencia carecen de autoridad. La juventud es decisiva y presuntuosa, y sus fallos adolecen casi siempre de severidad. Al envejecernos aprendemos á perdonar en los otros, lo que conocemos que merece pedir perdon en nosotros mismos: tenemos cuidado de no convertir las faltas en crímenes, y nos gusta mas poner de relieve las virtudes que las faltas. Precisamente por esas inmediatas apreciaciones es por lo que mas siento no haber podido corregir el *Ensayo*; mas no hay que perder de vista que me ví en la dura necesidad de reproducir mis errores, y de presentarme á los ojos del público con todas mis lacerias.

No se me oculta que ni este prefacio, ni las *Notas críticas* del *Ensayo*; no cambiarán las opiniones de la presente generación. Los que aprecien el *Ensayo* por lo que es, se hallarán tal vez contrariados por las notas, y los que crean que la obra es mala no se desarmarán tampoco por ellas. En concepto de estos últimos mis confesiones estarán como fuera de lugar, y reproducirán sus acusaciones con la buena fe digna de su caridad.

En el fondo esos supuestos cristianos no acaban de decir lo que les desagrada. No se entienda que es el tono de *filosofismo* lo que les ofende: lo que tales hombres no pueden perdonar es el amor á la libertad que campea en toda la obra. Bajo este concepto las notas no harán mas que empeorar mis faltas. Lejos de haber entrado en el círculo del *absolutismo*, me he aferrado mas y mas en el pecado constitucional. En vista de esto ¿qué les importa á esos hombres que yo me haya enmendado como cristiano? En hora buena que seas ateo; predicad empero la arbitrariedad, la policía, la censura, la sabia independencia de la camarilla, los encantos de la servidumbre, la humillacion de la patria, la afición á lo mezquino, y la admiración á las medianías: ponderad todas esas miserias, y se os perdonarán todos vuestros pecados.

De manera que al escribir las notas de ningún modo me he propuesto reformar la opinion de mis contemporáneos; mas la posteridad llegará á su vez y si entonces existe mi memoria, entonces se pronunciará un juicio imparcial sobre el libro, y sobre sus comentarios. Me atrevo á esperar que la posteridad juzgará el *Ensayo* del mismo modo que mi cabeza encanecida lo ha juzgado, pues al ir avanzado hácia la muerte se participa algo de la equidad que mas allá de la vida nos espera.

No falta sin embargo quien supone que no será imposible que el público dispense al *Ensayo* un favor que estoy muy ageno de esperar: confieso que las razones en que suponen fundarse para concebir esa esperanza me causan tanta tristeza, como espanto. Ciertamente me parece á mí mismo que si ahora diese á luz por primera vez el *Genio del Cristianismo*, no tendría tanta popularidad como tuvo á principios de este siglo, y también es muy cierto que si en 1801 hubiese publicado el *Ensayo histórico* en vez de la otra obra hubiese sido recibido con un murmullo general de reprobacion. ¿En qué consiste, pues, que el *Ensayo* tenga mas afinidad con las ideas del día en tiempo de la legitimidad que la que tuvo en tiempo de la usurpacion? ¿En qué consiste que el *Genio del Cristianismo* entra menos en el espíritu del momento que en la época en que se publicó?

¿Qué causas tan amenazadoras han podido producir en la opinion un efecto tan contrario al orden natural de los tiempos y los sucesos? ¿Por qué fatalidad el *Ensayo* se habrá convertido en libro de la ac-

tualidad y el *Genio del Cristianismo* en libro del tiempo pasado? ¿Habrá cambiado de puesto los oprimidos y los oprimidos? ¿Qué faltas se habrán cometido, qué senda de perlicion se habrá seguido para llegar á tales resultados? ¿Se habrá padecido equivocacion respecto de los medios de devolver á la religion su esplendor y su verdadero poder? ¿Habrá creído que esa religion ilustrada y generosa no podría prosperar mas que con la extincion de las luces, y el aniquilamiento de las libertades públicas? Habrán conseguido inquietar á los hombres mas pacíficos, á los espíritus mas tranquilos y moderados, amenazándonos retroceder á un órden de cosas imposible, y entregando el poder á una pequeña bandería hipócrita que produciría por segunda vez y para siempre, la ruina del trono y del altar.

Reflexionen bien lo que voy á decir, si es que hay una causa que propende á la destruccion de la monarquía, esa causa no existe sino en los motivos que acabo de indicar. No es entre doctrinas de calumnia é intolerancia donde la religion encontrará hombres capaces de defenderla. Unas manos débiles incapaces de sostener el peso que se les confía, lejos de levantarlo del suelo lo dejarán caer. ¿Dónde estan los talentos que en otro tiempo salian en defensa de los principios religiosos y monárquicos? Hoy al verse rechazados se retiran de la arena y dejan el éxito del combate á merced de la intriga y la incapacidad.

La Francia deseaba union en la religion, en la monarquía legítima, y en las libertades públicas, y han tenido el placer de desunirla, é inspirarle alarmas en esos objetos de su deseo. El descrédito total del poder administrativo, el cansancio de todo, el desprecio ó la indiferencia en las cosas mas graves, hé aquí lo único que resta de aquellas antiguas esperanzas. Detrás de nosotros, una juventud fogosa está esperando lo que le dejemos para modificarlo ó romperlo segun sus fuerzas, pues no se conformará en seguir nuestros destinos.

En tal estado de cosas todo hombre sensato debe pensar en sí mismo, y debe tratar de separarse de lo que nos conduce á la perdicion y buscarse un asilo para el momento en que estalle la tempestad.

Triste cosa es tener que andar aun haciendo profesiones de fe, suscitando controversias religiosas, y esas deplorables disputas que nunca hubieran debido sacarse del olvido; mas ya que nos han traído á ese extremo, forzoso es tomar un partido. Puesto entre el *Ensayo* y el *Genio del Cristianismo* fijaré para evitar toda falsa interpretacion los límites en que me he contenido á fin de que nadie me busque fuera de ellos. Esta confesion pública tendrá por lo menos la ventaja de demostrar lo que en mi concepto hubiera sido útil para el triunfo de la religion en el reinado del hijo de San Luis.

Creo muy sinceramente no vacilar en subir mañana al patíbulo en obsequio de mi fe.

No me desdigo ni en una sola palabra de lo que he escrito en el *Genio del Cristianismo*; no se escapará ni un acento á mi boca, ni una letra á mi pluma que esté en oposicion con las opiniones religiosas que profeso desde hace veinte y cinco años.

Esto es todo lo que yo soy.

Lo que no soy es:

Cristiano para tener el privilegio de traficar en materias de religion; mi único título de privilegio es mi partida de bautismo. Perteneczo á la comunión general, natural y pública de todos los hombres que desde la creacion han estado acordes en elevar á Dios su oracion.

No soy mercader de opiniones, ni trato de especular con ellas. Independiente de toda traba exceptuando la de gratitud á mi criador, soy cristiano sin perder por eso de vista mi propia flaqueza, sin querer que nadie me tome por modelo, sin ser perseguidor, in-

quisidor, ni delator, sin espiar la conducta de mis hermanos, sin calumniar los hechos de mis vecinos.

No soy un incrédulo disfrazado de cristiano que propone la religion como un freno útil á los pueblos. No explico el Evangelio en provecho de la tiranía, sino en beneficio de la desgracia.

Si no fuera cristiano, no me molestaria por aparentarlo: toda violencia me abruma; todo disfraz me sofoca: si intentara fingir, mi carácter me arrebataria al pronunciar la segunda frase y haria traicion á mi propósito. Por otra parte no adjudico tanta importancia á la vida para entretenerme en decorarla con mentiras.

Conformarse en todo con el espíritu de elevacion y dulzura del Evangelio; marchar con el tiempo; defender la libertad por medio de la autoridad de la religion; predicar obediencia á la Carta, y sumision al monarca; hacer que resuenen en el púlpito palabras de compasion en obsequio de los que padecen, cualquiera que sea el país y culto á que pertenezcan y reanimar la fe con el ardor de la caridad, tal es en mi concepto lo que daría al clero la potestad legítima que debe ejercer y lo salvaría de la irreparable ruina á que se lanza caminando por el sendero opuesto. Ciertamente es que la sociedad no puede sostenerse, sino apoyándose en el altar; pero los ornamentos de este deben cambiar al tenor de los siglos y al par de los progresos del espíritu humano. Si el santuario de la Divinidad es hermoso entre sombras, aun lo es mucho mas cuando está bañado de claridad: la cruz es el estandarte de la civilizacion.

No me haré incrédulo, sino cuando me habrán demostrado que el cristianismo es incompatible con la libertad: entonces dejaré de considerar como verdadera una religion opuesta á la dignidad del hombre. ¿Cómo podría creer que dimana del cielo un culto que sofocase los sentimientos nobles y generosos, que degradara el alma, que cortara las alas al genio y que abominara la luz como un nuevo medio de elevarse á la contemplacion de las obras de Dios? Por muy sensible que me fuera no podría menos de convenir á pesar mio en que me estaba nutriendo de quimeras, y con horror me acercaría á la tumba donde en vez de encontrar el deseado reposo solo esperaba encontrar la nada.

Mas no es tal por cierto el carácter de la verdadera religion: el cristianismo á mi modo de ver lleva consigo dos pruebas evidentes de su celestial origen; por medio de su moral propende á librarnos de las pasiones, y por medio de su política, nos redimió de la esclavitud. El cristianismo es una religion de libertad: esa religion es la mia.

En vano los hombres que combaten el gobierno constitucional nos dicen que ese sistema nos conducirá al protestantismo, y que este á su vez nos traerá la república, porque el protestantismo que es la independencia en materia de religion produce la independencia en materias políticas, que es la república. Semejante aserto está desvanecido por los hechos. ¿Es república la Alemania por seguir una parte de ella el protestantismo? ¿No se encuentran en aquel país las formas de gobierno mas absoluto, en tanto que muchos cantones de la Suiza son católicos? ¿Venecia y Génova no fueron católicas? ¿No se va aumentando la poblacion católica de los Estados Unidos de un modo increíble sin que por eso se turbe el órden establecido? ¿No son católicas todas las nuevas repúblicas de América que antes pertenecieron á la España? ¿No ha mostrado el clero de esos gobiernos, exceptuando muy pocos casos, el mayor celo por la causa de la independencia?

No es, pues, cierto que el protestantismo sea mas favorable que la religion católica á la causa de la libertad. Creer que nuestra libertad no llegará á consolidarse sino cuando seamos protestantes, es igual error que suponer que devolviendo al clero católico

su antiguo poder vendríamos á parar en la monarquía absoluta. Los que sostienen la primera de estas dos suposiciones, podrian con gran sorpresa ver que la Francia protestante se acomodaba á tal ó cual constitucion despótica, tomada de alguno de los principados de Alemania, y los otros podrian llegar á un día en que se despertasen republicanos con un clero católico, con frailes mendicantes, y con toda clase de órdenes religiosas.

No demos pues, á las teorías, mas valor del que tienen, y no emitamos nuestro juicio sino con arreglo á los hechos. No calumniemos ni á los protestantes, ni á los católicos, suponiendo á los primeros animados de un espíritu revolucionario y á los segundos embrutecidos por un espíritu de esclavitud. Limitémonos exclusivamente á este axioma. No hay verdadera religion sin libertad, ni libertad sin verdadera religion.

No estriba tampoco la cuestion, como los hombres astutos de cierto partido quieren suponer, entre los protestantes y los católicos, sino entre el filosofismo y el fanatismo.

Hay en la actual época dos especies de hombres que realmente son la plaga de la humanidad. Unos de ellos, los antiguos discípulos de Diderot y de Dalambert fundan todo su placer en burlarse de la Biblia, en preconizar el ateísmo, y en insultar al clero, y los otros, espíritus tan limitados como iracundos, dicen que la religion corre peligro, porque la nacion tiene una ley constitucional, porque el Estado ha reconocido los diversos cultos cristianos, y sobre todo, porque gozamos libertad de imprenta. Los primeros harian revivir los malhadados tiempos de Luis XV y las persecuciones irreligiosas del último período de aquella época, los segundos nos harian retroceder á la crasa ignorancia del tiempo que ellos llaman el *buen tiempo antiguo*: los unos filantrópicamente exterminarian al clero; el clero á su vez ahorcaría caritativamente á los filósofos.

Voy á terminar este demasiado largo prólogo. Las *notas críticas* que acompañan el texto de la obra acabaran de manifestar lo que pienso acerca de ella. Dispénsese si por casualidad se me ha escapado alguna palabra en alabanza propia en atencion al rigor excesivo con que yo mismo he emitido el juicio de la obra, juicio que en verdad me atreveré á asegurar que se aventaja en severidad á cuanto el crítico mas inexorable pudiera decir. Advértase que las concesiones que he hecho no son del género de aquellas, que un autor se resigna á hacer para poner á cubierto su amor propio ni para anulterarse rebajándose y aparentando candida franqueza, sino de aquellas que la vanidad nunca hace, y que tan costosas son á la naturaleza humana.

Si no hablo del estilo del *Ensayo* es por que no me toca á mí juzgarlo: solamente diré que es mas incorrecto que el de mis otras obras, y que no expresa con tanta exactitud el pensamiento; pero en cambio tiene el apasionado tono de la juventud, y encierra el germen de todo lo que el público ha tenido la complacencia de alabar en mis escritos de la edad madura. Es fácil notar los adelantos que por lo tocante al estilo hice desde las primeras páginas del *Ensayo* hasta las últimas. Los tres años que gasté en edificar esa torre de Babel me aprovecharon como escritor.

Por último, si los prefacios de esta edicion completa de mis obras participan algo de la indole de Memorias, téngase entendido que no me ha sido posible proceder de otro modo.

Me hallo cercano al término de mi vida: el viajero que está á punto de abandonar la cima de la montaña no puede menos de fijar por última vez la vista sobre el terreno que ha recorrido. Por otra parte mis obras, como ya lo he hecho observar en otra ocasion, son los materiales, y los documentos justificativos de mis

memorias: su historia se enlaza con la mia de tal modo, que es casi imposible esperarlas.

¿Qué habria podido decir en prefacios comunes? ¿Qué habria procurado revisar y corregir mis obras? No hay necesidad de decir una cosa que por sí misma se revela. ¿Habria hecho ediciones particulares para tratar de un asunto general? No, porque tales asuntos se amoldan mucho mas naturalmente con una especie

de Memorias que puedan hablar de todo, que con fragmentos especiales escritos, ó traídos á propósito de otro lugar para hablar de ellos. El lector juzgará: si esos prefacios le cansan, indudablemente son malos; mas si por el contrario encuentra en ellos algun interés, estaré seguro de que he hecho bien de dejar correr libremente mi pluma y mis ideas.



ENSAYO

SOBRE LAS

REVOLUCIONES ANTIGUAS,

POR

F. A. DE CHATEAUBRIAND.

LIBRO PRIMERO.

PRIMERA PARTE.

REVOLUCIONES ANTIGUAS.

INTRODUCCION.

¿Quién soy? ¿Qué novedad vengo á anunciar al mundo? Bien puede hablarse de las cosas pasadas; mas quien no sea espectador desinteresado de los sucesos presentes debe guardar silencio. ¿Y en dónde encontraremos un espectador semejante? Todos los individuos, desde el aldeano hasta el monarca se han visto envueltos en esa espantosa tragedia. Diran tal vez: «no solo habeis sido espectador, sino que habeis tomado parte en esa tragedia como actor, como actor pasivo, como francés desgraciado que habeis visto desaparecer vuestra fortuna, y vuestros amigos en el abismo de la revolucion; sois por decirlo de una vez, un emigrado.» Al oír esto, veo que todos los hombres sabios ó todos aquellos, cuyas opiniones son moderadas ó republicanas arrojan lejos de sí el libro sin querer leer ni una línea mas. Esperad, esperad lectores: no os pido que leais sino unos pocos renglones. Bien sé que no seré inteligible para todo el mundo; pero el que me entienda no dejará la lectura del *Ensayo*. Los que no me entiendan pueden enhorabuena, cerrar el libro: no lo he escrito para ellos (a).

(a) Ese tono solemne y esa enfática gravedad con que se

El que en su corazon dice: «Quiero ser útil á mis semejantes» debe ante todo juzgarse á sí mismo: debe estudiar sus pasiones y conocer los intereses y preocupaciones que á su despecho podrian tiranizarle. Si hecho este exámen se siente con fuerzas suficientes para decir la verdad, dígala; pero si se siente débil, cierre el labio. Si el que escribe un libro sobre las circunstancias del momento no puede ser leído lo mismo en la democrática asamblea del pueblo, que en el retirado gabinete del monarca, tenga entendido que su obra es inútil, y si el autor, que tal hace, tiene talento, aun será mucho peor, pues su obra será mas que perjudicial. El mal, el grave mal de la sociedad consiste en que no nos adaptamos á nuestro siglo. Cada edad es á manera de río impetuoso que nos arrastra por la pendiente de nuestros destinos cuando nos abandonamos á su deseo. En mi concepto todos estamos en lucha con sus raudales. Los republicanos los han atravesado vigorosamente, y se han

anunciaba por primera vez un autor desconocido, serian ridiculos sino se tuviera en cuenta que eran imitacion hecha por un jóven, nutrido con la lectura de J. J. Rousseau y que en ella reproducia los defectos del modelo. El *Yo* que figura á cada paso en el *Ensayo*, me es tanto mas odioso, cuanto que no hay cosa alguna que me sea mas antipática y que mi disposicion habitual por lo tocante á mis obras, lejos de ser orgullo, es mas bien una indiferencia tal vez excesiva. Por lo demás debo advertir, que ya entonces comprendí que ese modo de hablar no era el que me pertenecia: en la *Noticia*, prólogo de la antigua edicion, se podran ver disculpas harto interesantes del uso que habia hecho del *yo*. (N. ED.)